



M A R I O

con sus amigos, y se la arrojó delante. Miróla, y conocióla Antigono, y con el cetro apartó de sí al hijo, llamándole cruel y bárbaro; y llevándose el manto á los ojos se echó á llorar, acordándose de su abuelo Antigono y de Demetrio su padre, ejemplos para él domésticos de las mudanzas de la fortuna. A la cabeza y al cuerpo los hizo adornar convenientemente, y los quemó en la pira. Despues, habiendo Alcione descubierto á Heleno abatido y envuelto en una ropa pobre, le trató humanamente, y le condujo ante el padre; quien en vista de esto le dijo: Mejor lo has hecho ahora, hijo mio, que antes; pero aun ahora no del todo á mi gusto, no habiéndole quitado ese vestido que mas que á él nos afrenta á nosotros que tenemos el nombre de vencedores. Mirando pues á Heleno con la mayor consideracion, le hizo acompañar al Epiro; y á los amigos de Pirro los trató tambien con afabilidad, hecho dueño de su campo y de todo su ejército.



CAYO MARIO.

No podemos decir cual fue el tercer nombre de Cayo Mario, al modo que no se sabe tampoco el de Quinto Sertorio, que mandó en España; ni el de Lucio Mumio que tomó á Corinto, porque el de Acaico es sobrenombre que vino de sus hechos, como el de Africano á Escipion, y el de Macedonio á Metelo. Por esta razon principalmente parece que reprende Posidonio á los que creen que el tercer nombre era el propio de cada uno de los Romanos, como Camilo, Marcelo y Caton, porque quedarian sin nombre, decia, los que solo llevasen dos. Mas no advierte que con este modo de ocurrir deja sin nombre á las mujeres, pues á ninguna se le pone el primero de los nombres, que es el que Posidonio tiene por nombre propio para los Romanos. De los otros uno era comun por el linaje como los Pompeyos, los Manlios, los Cornelios, al modo que si uno de nosotros dijera, los Herá-



clidas y los Pelópidas; y otro era sobrenombre de un adjetivo que indicaba la índole, los hechos, la figura del cuerpo ó sus defectos, como Macrino, Torcuato y Sila: á la manera que entre nosotros Mnemon, Gripo y Calinicó. En esta materia pues la anomalia de la costumbre da ocasion á muchas disputas.

Del semblante de Mario hemos visto un retrato en piedra que se conserva en Ravena de la Galia, y dice muy bien con la aspereza y desabrimiento de carácter que se le atribuye. Porque siendo por índole valeroso y guerrero, y habiéndose instruido mas en la ciencia militar que en la política, en sus mandos se abandonó siempre á una iracundia que no podia contener. Dicese que ni siquiera aprendió las letras griegas, ni usó nunca de la lengua griega en cosas de algun cuidado, teniendo por ridículo aprender unas letras cuyos maestros eran esclavos de los demas; y que despues del segundo triunfo, habiendo dado espectáculos á la griega con motivo de la dedicacion de un templo, no hizo mas que entrar y sentarse en el teatro saliéndose al punto. Al modo pues que Platon solia muchas veces decir al filósofo Jenocrates, que parece era tambien de costumbres esperas: O Jenocrates, sacrifica á las Gracias: si alguno de la misma manera hubiera persuadido á Mario que sacrificase á las musas griegas y á las Gracias, no hubiera este coreado tan feamente sus decorosos mandos y gobiernos, pasando por una iracundia y ambicion indecente, y por una avaricia insaciable á una vejez cruel y feroz; lo que bien pronto aparecerá de sus hechos.

Nacido de padres enteramente oscuros, pobres y jornaleros, de los cuales el padre tenia el mismo nombre, y la madre se llamaba Fulcinia, tardó en venir á la ciudad, y en gustar de las ocupaciones de ella habiendo tenido su residencia por todo el tiempo anterior en Cerneto, aldea de la region Arpina, donde su tenor de vida fue grosero, comparado con el civil y culto de la ciudad; pero moderado y sobrio y muy conforme con aquel en que antiguamente se criaban los Romanos. Habiendo hecho sus primeras armas contra los Celtiberos, cuando Escipion Africano sitió á Numancia no se le ocultó á este general que en valor se aventajaba

á los demas jóvenes, y que se prestaba sin dificultad á la mudanza que tuvo que introducir en la disciplina, á causa de haber encontrado el ejército estragado y perdido por el lujo y los placeres. Dicese que peleando con un enemigo, le quitó la vida á presencia del general; por lo que, además de otros honores que este le dispensó, moviéndose en cierta ocasion plática entre cena acerca de los generales, como preguntase uno de los presentes, bien fuera porque realmente dudase, ó porque hiciese por gusto aquella pregunta á Escipion, cual seria el general y primer caudillo que despues de él tendria el pueblo romano, hallándose Mario sentado á su lado, le pasó suavemente la mano por la espalda, y respondió: Quizá este: tal era la disposicion que desde pequeño presentaba el uno para llegar á ser grande, y tal tambien la del otro para del principio conjeturar el fin.

Dicese que Mario inflamado en sus esperanzas con esta expresion, como con un fausto agüero, aspiró á tomar parte en el gobierno, y que le cupo en suerte el tribunado de la plebe, siendo su solicitador Cecilio Metelo, cuya casa obsequió desde el principio, por sí y por su padre. En su tribunado escribió sobre el modo de votar una ley, que pareció quitaba á los poderosos su grande influjo en los juicios, á la cual se opuso el cónsul Cota, logrando persuadir al Senado que contradijese la ley y que se hiciese comparecer á Mario á dar razon de su propuesta. Escribióse este decreto; y entrando Mario, no se portó como un hombre nuevo á quien ninguno de algun lustre habia precedido, sino que tomando de sí mismo el mostrarse tal, cual le acreditaron despues sus hechos, amenazó á Cota con que lo llevaria á la cárcel si no abrogaba su resolucion. Volviéndose este entonces á Metelo, le preguntó cual era su dictámen; y levantándose Metelo, apoyaba al cónsul; pero Mario, llamando alictor que estaba fuera, le dió órden de que llevara á la cárcel al mismo Metelo. Imploraba este el auxilio de los demas tribunos, y como ninguno se le presentase, cedió el Senado, y desistió de su decreto. Saliendo entonces ufano Mario adonde estaba la muchedumbre, hizo sancionar la ley, ganando opinion de ser intrépido contra el miedo; imperturbable por rubor, y fuerte para oponerse



al Senado en obsequio de la plebe. Mas de allí á poco hizo que se cambiara esta opinion con motivo de otro acto de gobierno; porque habiéndose propuesto ley para hacer una distribucion de trigo, se opuso obstinadamente á los ciudadanos; y saliendo con su intento, adquirió igual concepto entre ambos partidos, de que nunca por obsequio cederia en lo que no fuera conveniente, ni á los unos ni á los otros.

Despues del tribunado se presentó á pedir la edilidad mayor: porque hay dos órdenes de ediles: el uno que toma el nombre de las sillas con pies corvos, en que estos magistrados se sientan para despachar; y el otro interior que se llama piebeyo. Nómbranse primero los de mayor dignidad, y despues se pasa á votar los otros. Todo daba á entender que Mario quedaria para este segundo; pero él, presentándose sin dilacion en medio, pidió el otro; mas acreditándose por lo mismo de osado y orgulloso, fue desatendido; y con haber sufrido dos desaires en un mismo dia, cosa nunca sucedida á otro alguno, por eso bajó nada de su arrogancia; antes de allí á poco volvió á pedir la pretura, y casi nada faltó para que llevara tambien repulsa; mas fue por fin elegido el último, y se le formó causa de cohecho. Dió el principal motivo para sospechar un escavo de Casio Sabacon, por habersele visto dentro de los canchales mezclado con los que iban á votar, y ser Sabacon uno de los mayores amigos de Mario. Preguntando aquel por los jueces sobre este particular; respondió que teniendo mucha sed á causa del calor, pidió agua fria, y como aquel escavo tuviese un vaso de ella, habia entrado á alargárselo, marchándose inmediatamente despues que bebia. Ello es que Sabacon fue por los Censores que entraron en ejercicio despues de este suceso, removido del Senado; pareciendo á todos que no dejaba de merecerlo, bien fuese por el falso testimonio, bien por su mala conducta. Fue citado tambien como testigo contra Mario Cayo Herenio, y contestó no ser conforme á las costumbres patrias que atestiguase contra un cliente, sino que antes las leyes eximian de esta obligacion á los patronos (que es el nombre que dan los Romanos á los defensores y abogados); y que de la casa de los Herenios habian sido clientes de antiguo los

progenitores de Mario, y aun Mario mismo. Admitian los jueces la excusa; pero el mismo Mario hizo oposicion á Herenio, diciendo que luego que entró en las magistraturas se libertó de la calidad de cliente, lo que no era enteramente cierto; pues no toda magistratura exime á los clientes y á su posteridad de la obligacion de alimentar al patrono, sino solamente aquella á la que la ley concede silla curul. Y en los primeros dias del juicio la suerte no se presentaba favorable á Mario, ni estaban de su parte los jueces; pero en el último salió no sin maravilla absuelto, por haberse empatado los votos.

Nada hizo en la pretura digno de particular alabanza; pero habiéndole cabido en suerte despues de ella la España ulterior, se dice que limpió de salteadores la provincia, áspera todavía y feroz en sus costumbres: no habiendo dejado los Españoles de tener el robar por una hazaña. Constituido en el gobierno, no le asistian ni la riqueza ni la elocuencia, que eran los medios con que los principales manejaban en aquella epoca al pueblo; pero sin embargo, dando los ciudadanos cierto valor á la entereza de su carácter, á su tolerancia del trabajo, y á su porte en todo popular, logró ir adelantado en honores y en poder; tanto que hizo un matrimonio ventajoso con Julia de la familia ilustre de los Césares, de la cual era sobrino César, el que mas adelante vino á ser el mayor de los Romanos, proponiéndose en alguna manera por modelo á este su deudo, como en su vida lo hemos escrito. Conceden todos á Mario la templanza y la paciencia; habiendo dado de esta un grande ejemplo con el motivo de cierta operacion de cirugía. Tenia entrambas piernas muy varicosas, causándole esta especie de hinchazon una enfermedad que le disgustaba, por lo que resolvió ponerse en manos del cirujano. Presentóle pues la una pierna; y sin que le tuviesen, sufrió los violentos dolores de las incisiones sin moverse, y sin lanzar un suspiro, en silencio y con inalterable rostro; pero pasando á la otra el cirujano, ya no quiso alargarla, diciendo: No veo que la curacion de este defecto sea digna de un dolor semejante.

Cuando el cónsul Cecilio Metelo fue enviado de general á Africa para la guerra contra Yugurta, nombró por legado á Mario; el cual, aprovechando aquella ocasion de hechos se-



ñalados é ilustres, dejó á un lado el cuidar de los aumentos de Metelo, y el ponerlo todo á su cuenta, como salian hacerlo los demas. No teniendo pues en tanto el haber sido nombrado legado por Metelo, como el que la fortuna le ofreciese tan favorable oportunidad, y le introdujese en tan magnífico teatro, se esforzó á dar pruebas de toda virtud; y llevando consigo la guerra mil incomodidades, ni rehusó ningun trabajo por grande que fuese, ni desdeñó tampoco los pequeños. Con esto, con aventajarse á sus iguales en el consejo, y la prevision de lo que convenia, y con igualarse á los soldados en la sobriedad y el sufrimiento, se ganó enteramente su amor y benevolencia: porque en general parece que le da consuelo al que tiene que trabajar que haya quien voluntariamente trabaje con él; pues con esto como que á él tambien se le quita la necesidad. Erá ademas espectáculo muy agradable al soldado romano un general que no se desdeñaba de comer públicamente el mismo pan, de tomar el mismo sueño sobre cualquiera mullido, y de echar mano á la obra cuando habia que abrir fosos, ó que establecer los reales: pues no tanto admiran á los que distribuyen los honores y los bienes, como á los que toman parte en los peligros y en la fatiga; y en mas que á los que les consenten el ocio, tienen á los que quieren acompañarlos en los trabajos. Conduciéndose pues Mario en todo de esta manera, y haciéndose popular por este término con los soldados, en breve llenó el Africa, y en breve á la misma Roma de su fama y de su nombre, por medio de los que desde el ejército escribian á los suyos, que no se le veria el término y fin á aquella guerra mientras no eligiesen cónsul á Mario.

Claro es que por lo mismo habia de estar incomodado con él Metelo; pero lo que mas le incomodó fue lo ocurrido con Turpilio. Era este huésped de Metelo, ya de tiempo de su padre; y entonces tenia en aquella guerra la direccion de los trabajos. Habíasele encargado la guardia de Bagá, ciudad populosa; y él, confiado en no causar ninguna vejacion á los habitantes, sino mas bien tratarlos benigna y humanamente, no atendia á precaverse de venir á manos de los enemigos. Mas estos dieron entrada á Yugurta, aunque á

Turpilio en nada le ofendieron, y antes se interesaron para que se le dejara ir salvo. Formósele pues causa de traicion; y siendo Mario uno de los del consejo de guerra, no solo se mostró por sí inexorable, sino que acaloró á la mayor parte; de manera que Metelo se vió precisado muy contra su voluntad á tener que condenarle á muerte. Descubrióse á poco la falsedad de la acusacion, y todos los demas daban muestras de pesar á Metelo, que estaba inconsolable; pero Mario se mantenía alegre, y se jaetaba de ser autor de lo ejecutado, sin avergonzarse de decir entre sus amigos que él era quien habia hecho que á Metelo le persiguiese la vengadora sombra de su huésped. Con este motivo era todavia mas manifiesta la enemistad; y aun se refiere que en cierta ocasion le dijo Metelo, como reconviniéndole: ¿Cómo, y piensas tú, hombre singular, marchar ahora á Roma á pedir el consulado? ¿pues no te estaria muy bien el ser cónsul con este hijo mio? Es de notar que tenia consigo Metelo un hijo todavia en infancia. En tanto Mario instaba para que se le diera licencia; pero se la dilató con varios pretextos; y por fin se la concedió cuando no faltaban mas que doce dias para la designacion de los cónsules. Mario anduvo el largo camino que habia del campamento á Utica sobre el mar en dos dias y una noche; y antes de embarcarse hizo un sacrificio. Dícese haberle anunciado el agorero que los Dioses le pronosticaban hechos y sucesos muy superiores á toda esperanza, con lo que partió animadamente engreído. Hizo en cuatro dias la travesía con viento en popa, y apareciéndose de súbito ante el pueblo, que le recibió con deseo, presentado por uno de los tribunos en la junta, hizo diferentes recriminaciones á Metelo, y se mostró pretendiente del consulado, con promesa de que muerto ó vivo habia de tener en su poder á Yugurta. Habiendo sido nombrado con grande aceptacion, se aplicó al punto á reclutar ejército; admitiendo en él, con desprecio de las leyes y costumbres, á mucha gente jornalera y esclava: siendo así que los generales antiguos no les daban á estos entrada, sino que mirando como un honor el ejercicio de las armas, solo las ponian en manos beneméritas, teniendo como por fianza la



hacienda de cada uno. Con todo no fue esto lo que mas desacreó á Mario, sino sus expresiones arrogantes, que ofendian á los principales por el ajamiento é injuria que contenian : gritando continuamente aquel, que su consulado era un despojo tomado á la molicie de los nobles y de los ricos, y que él se recomendaba al pueblo con sus heridas propias, no con memorias de muertos, ni con imágenes ajenas. Muchas veces nombrando á los generales que habian peleado desgraciadamente en el Africa, como Bestia y Albino, varones ilustres en linaje, pero poco guerreros, y que por su impericia se perdieron, solia preguntar á los que se hallaban presentes, ¿ si no creian que los antepasados de estos habrian querido mas dejar descendientes que le fuesen á él semejantes ? puesto que ellos mismos no se habian hecho célebres por su noble origen, sino por su virtud y sus hazañas. Y esto no lo decia precisamente por vanidad y jaectancia, ni solo porque quisiese indisponerse con los poderosos; sino porque el pueblo, complaciéndose en la mortificacion del Senado, solia medir la grandeza de ánimo por la arrogancia de las expresiones; y así él era quien le impelia á humiliar á los ciudadanos mas sobresalientes para complacer á la muchedumbre.

Luégo que pasó al Africa, no pudiendo Metelo soportar la envidia, é incomodado sobremanera de que teniendo ya concluida la guerra, sin restar otra cosa que la materialidad de apoderarse de la persona de Yugurta, viniese Mario á recoger la corona y el triunfo, dejando estos adelantamientos á sola su ingratitude, no aguardó á que llegara donde él estaba, sino que partió del ejército, y fue Rutilio quien hizo la entrega de él á Mario, hallándose el legado de Metelo. Pero persiguió tambien á Mario un mal suceso en la conclusion de este negocio : porque le arrebató Sila la gloria del vencimiento, como él la habia arrebatado á Metelo. El modo como esto sucedió lo referiré muy por encima, por quanto la narracion circunstanciada de estos sucesos pertenece mas á la vida de Sila. Boco, Rey de los Numidas superiores, era yerno de Yugurta, y mientras duró la guerra no pareció tomar gran parte en ella, recelando de su perfidia, y temiendo

que aumentase su poder; mas despues que reducido á la fuga, y andando errante habia puesto en Boco su última esperanza, y marchaba en su busca, recibiéndole este en tal situacion de desvalido mas por vergüenza que por afecto, cuando le tuvo á su disposicion, á las claras y en público intercedia por él con Mario, escribiéndole que de ningun modo le entregaria; pero en secreto meditaba hacerle traicion, enviando á llamar á Lucio Sila, cuestor de Mario, que habia hecho favores á Boco durante aquella expedicion. Luégo que Sila pasó á verse con él, ya hubo alguna mudanza y arrepentimiento en aquel bárbaro; de manera que estuvo bastantes dias sin resolverse entre si entregaria á Yugurta ó retendria á Sila. Prevaleció por fin la primera traicion, y puso á Yugurta vivo en manos de Sila : siendo esta la primera semilla de aquella disension cruel é irreconciliable, que estuvo en muy poco perdiéndose á Roma. Porque muchos por aversion á Mario daban por cierto que aquello habia sido obra de Sila; y este mismo, habiendo labrado un sello, puso en él un grabado, en que estaba la imagen de Boco en actitud de entregarle á Yugurta : sello de que usaba siempre, irritando con esto á Mario, hombre ambicioso, obstinado y enemigo de repartir su gloria con nadie; á lo que contribuyan tambien en gran manera los enemigos de este, atribuyendo á Metelo el buen principio y progreso de aquella guerra, y su conclusion á Sila, con la mira de hacer que el pueblo dejara de admirar y apreciar á Mario sobre todos.

Mas bien presto dispó esta envidia, estos odios, y estas acriminaciones contra Mario el peligro que de la parte del poniente amenazó á la Italia, reconociéndose por todos la necesidad de un gran general, y examinando cuidadosamente la ciudad quien seria el piloto de quien se valiese en semejante tormenta : así es que no hallándose con fuerzas ninguno de las familias nobles ó ricas para tal empresa, procediendo á los comicios consulares, eligieron á Mario que se hallaba ausente. Pues apenas recibida la noticia de la prision de Yugurta, se difundieron las voces de los Teutones y Cimbros, increíbles al principio en quanto al número y valor



de las tropas que venian, pues se halló que en verdad eran muchas menos de lo que se decia. Con todo eran trescientos mil hombres armados los que estaban en marcha; y ademas venia en su seguimiento infinidad de mujeres y niños en busca de una region que alimentase tanta gente, y de ciudades en que pudieran establecerse, al modo que antes de ellos sabian haber ocupado los Celtas un pais excelente en Italia expeliendo á los Tirrenos; pues por lo demas, su ninguna comunicacion con otros pueblos, y la distancia del pais de donde venian eran causa de que se ignorase qué gentes eran, ni de donde habian partido para caer como una nube sobre la Galia y la Italia. Conjeturábase sin embargo que eran naciones germánicas de las que habitan á la parte del Océano boreal, por la grande estatura de sus cuerpos, por tener los ojos azules, y tambien porque los de Germania á los ladrones les llaman Cimbros. Hay tambien quien diga que la gente céltica, por la grande extension del pais y su gran muchedumbre, llega desde el mar exterior y los climas setentrionales hasta el oriente, yendo á tocar por la laguna Meotis en la Escitia Póntica, y que de allí provenia esta mezcla de naciones, las cuales no abandonaban sus asientos de una vez, ni á la continua, sino que yendo siempre hácia adelante cada año en la primavera, así iban llevando la guerra por todo el continente; y que aunque tienen diferentes denominaciones segun los paises, al ejército en general le dan la de *Celtoescitas*. Otros refieren que la gente cimera, conocida en lo antiguo por los Griegos, no fue mas que una parte mínima, que estrecida de los Escitas, ó por sedicion entre sí, ó por destierro de estos, se vió precisada á pasar al Asia desde la laguna Meotis, acaudillándola Ligdamis; pero qué el grueso de ellos y no mas belicoso se hallaba establecido en los últimos términos, á la parte del mar exterior. Dícese que estos ocupaban un pais sombrío, frondoso y poco alumbrado del sol, por la muchedumbre y espesura de sus bosques, que se extienden hasta dentro de la selva Hercinia; habiéndoles cabido en suerte estar bajo un cielo que parece deja poco lugar para la habitacion, situados cerca del zenit en la parte donde toma elevacion el polo por

la inclinacion de los paralelos; y donde iguales los dias en lo cortos, y en lo largos con las noches, dividen el año; que fue lo que dió ocasion á Homero para su fábula del infierno. Pues de allí se dice habian partido estos bárbaros para la Italia, dichos al principio Cimerios; y Cimbros, despues por alteracion, no á causa de su género de vida: aunque esto mas es una conjetura que cosa que queda tenerse por asegurada y cierta. En cuanto á su número aun hay algunos que afirman haber sido mayor que el que se deja dicho. En el ánimo y osadia eran terribles, pareciéndose al fuego en la presteza y violencia para los hechos de armas; no habiendo quien pudiera resistir á su ímpetu, sino que indefectiblemente fueron presa suya todos aquellos á cuyo pais llegaron; y de los generales y ejércitos romanos cuantos se les presentaron por la parte de la Galia trasalpina, todos fueron ignominiosamente desbaratados: así con haber peleado desgraciadamente, estos mismos los atrajeron contra Roma; pues vencedores de cuanto encontraron, y enriquecidos con opimos despojos, habian resuelto no hacer parada en ninguna parte antes de destruir á Roma y asolar la Italia.

Oidas semejantes nuevas, como el grito comun de los Romanos llamase al mando á Mario, fue nombrado segunda vez cónsul, contra la ley que no permitia elegir ausentes, y contra la que tampoco consentia que fuese alguno reelegido, sin que se guardase el hueco prefijado: no dando el pueblo oidos á los que se oponian, por cuanto juzgaba que ni era aquella la vez primera en que la ley callaba ante la utilidad pública, ni de menor valor la causa que á ello entonces obligaba, que la que hubo para nombrar cónsul á Escipion contra las mismas leyes, en ocasion en que no temian perder su propia ciudad, sino que querian destruir la de Cartago: así pues se determinó. Llegó Mario de Africa con su ejército en las mismas calendas de enero, que es el dia en que los Romanos comienzan su año; y en él tomó posesion del consulado, y celebró su triunfo, dando á los Romanos el increíble espectáculo de conducir cautivo á Yugurta, pues nadie esperaba que vivo él pudiera su ejército ser vencido: de tal manera sabia doblarse á todas las mu-



danzas de fortuna, y tan diestro era en mezclar la astucia con la fortaleza! Mas llevado en la pompa salió, según dicen, de juicio; y puesto en la cárcel después del triunfo, mientras unos le despojaban por fuerza de la túnica, y otros procuraban quitarle las arracadas de oro; juntamente con ellas le arrancaron el lóbulo de la oreja. Luego que le dejaron desnudo, le arrojaron á un calabozo, donde desesperado é inquieto: Por Júpiter, exclamó, que está muy frio vuestro baño! Allí mismo, luchando por seis días con el hambre, y suspirando hasta la última hora por alargar la vida, pagó la pena que merecian sus impiedades. Cuéntase que se trajeron á este triunfo y fueron llevadas en él tres mil y siete libras de oro; de plata no acuñada cinco mil setecientas setenta y cinco, y en dinero diez y siete mil y veinte y ocho dracmas. Reunió Mario el Senado después del triunfo en el Capitolio, entrando en él, ó por olvido, ó por hacer orgullosa ostentacion de su fortuna, con las ropas triunfales; pero percibiendo al punto que el Senado no lo llevaba á bien, se levantó, y quitándose la púrpura, volvió á ocupar su puesto.

En la marcha hacia de camino trabajar á la tropa, ejercitándola en toda especie de correrías y en jornadas largas, y precisando á los soldados á llevar y preparar por sí mismos lo que diariamente habia de servirles; de donde dicen proviene el que desde entonces á los aficionados al trabajo, y que con presteza ejecutan lo que se les manda, se les llame *mulos Marianos*; aunque otros dan á esta expresion diferente origen. Porque queriendo Escipion, cuando sitiaba á Numancia, pasar revista no solo á las armas y caballos, sino tambien de acémilas y carros, para saber en qué estado tenia cada uno estas cosas, se dice que Mario presentó un caballo perfectamente cuidado y mantenido por él mismo, y además un mulo sobresaliente entre todos en gordura, en mansedumbre y en fuerza; por lo que no solamente se mostró contento Escipion con esta especie de cuidado de Mario, sino que hacia frecuentemente mencion de ella; y de aquí nació el que los que querian por vejamen alabar á alguno de puntual, de sufrido y de trabajador, le llamaban machito de Mario.

Púsose en esta ocasion la fortuna de parte de Mario; por-

que los bárbaros, como si quisieran tomar carrera para la irrupcion que meditaban, pasaron primero á España; con lo que aquel tuvo tiempo para ejercitar el cuerpo del soldado; para dar á su ánimo aliento y confianza; y lo que es mas importante todavía, para hacer que conociese bien el carácter de su general. Porque su dureza en el mando y su inflexibilidad en los castigos parecian calidades justas y saludables á los que tenian ya el hábito de no delinquir ni faltar; y su escandecimiento en la ira, lo penetrante de la voz y lo adusto del semblante, acostumbrados así poco á poco, no tanto les era á ellos terrible, como creian habia de serlo á los enemigos. Sobre todo era muy del gusto de los soldados su rectitud en los juicios, de la que se refiere este ejemplo. Cayo Lusio, sobrino suyo, que tenia empleo de comandante en el ejército; era hombre en todo lo demás no reprehensible; pero en el amor de los jóvenes no podia irse á la mano. Amaba á un joven que militaba bajo sus órdenes, llamado Trebonio; y aunque muchas veces lo habia solicitado, nunca habia sido bien oido; mas en fin una noche envió por medio de un esclavo á llamar á Trebonio; vino este, porque no era lícito no acudir al llamamiento; pero como habiendo entrado en su tienda quisiese hacerle violencia, desenvainando la espada le quitó la vida. Acaeció esto á tiempo que Mario estaba ausente; pero á su vuelta puso inmediatamente en juicio á Trebonio; y como fuesen muchos los que le acusaban, sin que ninguno tomase su defensa compareciendo él mismo, refirió resueltamente el suceso, y tuvo testigos de que muchas veces se resistió á Lusio, y que con hacerle grandes ofertas jamas condescendió por nada á sus deseos. Maravillado Mario y complacido en mismo tiempo, mandó que le trajesen la corona con que por costumbre patria se recompensaban los ilustres hechos, y tomándola en la mano, él mismo coronó á Trebonio, por haber dado un excelente ejemplo en tiempo en que tanta necesidad habia de ellos. Llegó la noticia á Roma, y no fue la que menos contribuyó para que se le confiriera el tercer consulado; á lo que se agregaba que acercándose la primavera, miraban como próxima la llegada de los bárbaros, y no querian que nin-



guno otro general hiciese aquella guerra. Mas no llegaron tan pronto como se creia, y tambien se le pasó á Mario el tiempo de este consulado. Acercábanse las elecciones, y como hubiese muerto el colega, dejando Mario encargado del ejército á Manio Aquilio, partió para Roma. Eran muchos y muy principales los que pedian el consulado; y Lucio Saturnino, que era de los tribunos el que mas influia sobre la muchedumbre, obsequiado por Mario, hablaba al pueblo, y le movia á que le nombrase cónsul. Hacia Mario el desdén rehusando aquella magistratura, y diciendo que no le convenia; sobre lo que Saturnino lo acusaba de traidor á la patria, por rehusar el mando en medio de tan gran peligro. Estaba bien claro que hacia este papel por servir á Mario; pero lo mas en vista de su pericia y de su fortuna, le decretaron el cuarto consulado, dándole por colega á Lutacio Cátulo, varon muy respetado de los primeros personajes, y no desafecto á la muchedumbre.

Instruido Mario de que los enemigos se hallaban cerca, pasó apresuradamente los Alpes, y fortificando su campamento sobre el rio Ródano, condujo á él abundantes provisiones, para no ser nunca precisado á pelear, mientras no le pareciese poderlo ejecutar con ventaja, por falta de las cosas precisas. La conduccion por mar de lo que el ejército habia menester, que antes era larga y costosa, la hizo fácil y breve. Porque tomando las bocas del Ródano con el oleage del mar gran copia de terra y mucha arena mezclada con cieno, la navegacion era trabajosa y tardia para los abastecedores. Empleando pues en aquel punto el ejército, mientras no tenia otra ocupacion, abrió un dilatado canal, y haciendo pasar á él gran parte del rio, lo condujo por una ribera cómoda con bastante caudal para sostener buques grandes, y con una entrada al mar fácil y no expuesta á cegarse; y este canal todavia conserva el nozabre que de él tomó. Hicieron los bárbaros dos divisiones de sus tropas: tocándoles á los Cimbro marchar contra Cátulo por las alturas de los Alpes Noricos para vencer aquel paso; y á los Teutones y Ambrones el dirigirse contra Mario por la Liguria y la costa del mar. Fueles preciso á los Cimbro prepararse y detenerse mas; pe-

ro los Teutones y Ambrones partiendo aceleradamente, y atravesando el pais que mediaba, se presentaron inmensos en número, feroces en los semblantes, y en la gritería y alboroto no parecidos á ningunos otros. Ocuparon gran parte de la llanura, y acampándose, provocaban á Mario á la batalla.

No hacia Mario cuenta de estas baladronadas, sino que contenia á los soldados dentro de los reales, castigando ásperamente á los atrevidos; y á los que se presentaban con ánimo de pelear por no poder contener la ira, les decia que eran traidores á la patria; porque la contienda con aquellas gentes no era para alcanzar triunfos ó para erigir trofeos, sino para apartar lejas semejante tormenta y tempestad, salvando de este modo la Italia. Así se explicaba en confianza con los otros gefes y caudillos; pero á los soldados, manteniéndose en el valladar, les hacia por trozos que miraran á los enemigos, acostumbrándolos á ver aquellos semblantes, á oír aquella voz enteramente extraña y fiera y á enterarse de sus arreos y su táctica, para que con el tiempo la vista de aquellos objetos espantosos se los hiciera llevaderos; porque creia que la novedad acrecienta un terror falso á las cosas propias de suyo para inspirar miedo, y que la costumbre quita la admiracion y asombro aun de aquellos objetos naturalmente terribles. Y aquí no solo la vista iba quitando continuamente algo del asombro, sino que con las amenazas y la insufrible altanería de los bárbaros la ira les encendia y abrasaba los ánimos, por cuanto los enemigos no contentos con atropellar y asolar cuanto habia alrededor, acometian á veces el campamento con grande arrojo y desvergüenza: tanto que se dió á Mario cuenta de estas voces y quejas de los soldados: «¿Por qué cobardía nuestra nos castiga Mario prohibiéndonos con llaves y porteros como á unas mujeres el venir á las manos con los enemigos? Ea pues echándola de hombres libres, preguntémosle, si es que espera otros que vengan á pelear por la Italia, y de nosotros piensa valerse siempre como de unos criados cuando aya que abrir canales, que quitar barro, y que mudar el curso de algun rio; pues parece que para estas cosas nos ejercita con continuas fati-



gas, y que estas son las obras consulares de que piensa hacer á su vuelta ostentacion ante los ciudadanos. ¿Teme por ventura los desgraciados casos de Carbon y Cepion, que fueron vencidos de los enemigos por ser ellos muy inferiores á Mario en virtud y en gloria, y por mandar un ejército que estaba muy distante de valer lo que este? y es fin de mas honor en sufrir algun descalabro, haciendo algo, que ser tranquilos espectadores de la ruina de nuestros aliados.»

Cuando Mario oyó estas cosas, sirviéronle de placer, y trató de sosegar á los soldados, diciéndoles que de ningun modo desconfiaba de ellos, sino que guiado de ciertos oráculos aguardaba el tiempo y lugar oportunos para la victoria. Porque llevaba en su compañía en litera con cierto respeto á una mujer de Siria llamada Marta, que se decia era profetisa, y de su orden hacia ciertos sacrificios. Habíala antes amenazado el Senado porque se mezclaba en estas cosas y en querer predecir lo futuro; pero despues, como acogióndose á las mujeres hubiese dado algunas pruebas, y mas particularmente á la de Mario, porque puesta á sus pies habia casualmente adivinado entre unos gladiadores quién seria el que venciese, la mandó esta adonde estaba Mario, que la miró con admiracion, y por lo comun la hacia llevar en litera. Adornábase para los sacrificios con doble púrpura, y usaba de una lanza toda en rededor ceñida de cirras y coronas. Tenia esta farsa en incertidumbre á la mayor parte de las gentes, no sabiendo si el dar así en espectáculo á aquella mujer nacia de que Mario lo creyese de veras, ó de que lo fingia y aparentaba. Pues el maravilloso prodigio de los buitres refiérello Alejandro Mindio; y es que antes del vencimiento se aparecian siempre dos en derredor de la litera, y la seguian sin desampararla, siendo conocidos por sus collares de bronce: pues los soldados lograron cogerlos, y puestos los collares, los soltaron. Desde entonces reconociendo á los soldados, les hacian agasajos; y en viéndolos estar en las marchas, se regocijaban, esperando algun buen suceso. Mostráronse por aquel tiempo diferentes señales, las que tenian en general un carácter comun; pero de Ameria y Tuderto se refirió que se veian de noche en el cielo espadas y escudos de fuego, que al

principio se notaban separados; mas despues chocaban unos con otros en la forma y con los movimientos que lo ejecutan los hombres que pelean; y por fin cediendo unos y siguiendo los otros, todos venian á caer hacia occidente. Por el propio tiempo tambien vino de Pesinunte Batabaces, sacerdote de la gran madre, anunciando que la Diosa le habia hablado desde su tabernáculo, diciendo que iban los Romanos á disfrutar de la victoria y triunfo mas señalados. Dióle asenso el Senado, y decretó edificar á la Diosa un templo en señal de victoria; y cuando Batabaces estaba para comparecer ante el pueblo con el designio de anunciarlo, se lo estorbó el tribuno de la plebe Aulo Pompeyo, llamándole impostor, y echándole á empellones de la tribuna; lo que solo sirvió para conciliar mayor crédito á su narracion: porque no bien se puso Aulo en camino para su casa, disuelta la junta, cuando se le encendió una tan fuerte calentura, que se hizo cosa muy notaria y pública entre todos haber muerto de ella dentro del sétimo dia.

Intentaron los Teutones, viendo el sosiego de Mario, poner cerco al campamento; pero siendo recibidos con dardos que les disparaban desde el valladar, y perdiendo alguna gente, determinaron ir adelante, dando por supuesto que podian pasar sin rezelo los Alpes. Tomando el bagaje, se pusieron al otro lado del campo de los Romanos; y entonces se vió principalmente su gran número por la tardanza y dilacion del tránsito: porque se sabe que gastaron seis dias en pasar por el valladar de Mario andando sin parar. Iban siempre muy cerca preguntando por mofa á los Romanos si mandaban algo para sus mujeres, porque pronto estarian á la vista de ellas. Cuando ya hubieron pasado los bárbaros, y estaban á alguna distancia, levantó él tambien su campo, y los seguia de cerca, acampando siempre á su inmediacion en puestos fuertes, y ocupando los sitios mas ventajosos para pernoctar con descanso. Marchando de esta manera, llegaron al lugar que se llama las *Aguas sextias*, desde donde con poco que anduviesen se hallarian en los Alpes. Por lo mismo se preparaba Mario á dar allí la batalla escogiendo para su campamento una posicion fuerte, pero que escaseaba